JUAN COLETTI: *El jardín de las flores invisibles*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1979.

Como poeta y narrador, Juan Coletti tiene ahora la notoriedad de haber ganado el Premio Emecé 1979-80, por decisión unánime del jurado.

Cuenta el volumen, además de con un «Prefacio del autor» —que es una especie de resumen hermenéutico de la literatura fantástica—, con veintitrés relatos, algunos muy breves, semejantes a *casos*, alegorías o parábolas. El autor comienza por orientar así nuestra pesquisa: «Con perfecta mezcla de razón y quimera, podemos confrontar el día y la noche, combinar la vigilia y el sueño, lo oculto y lo aparente; entender la lógica y el significado de la fantasía y ver la irresistible luz detrás de las tinieblas, que hace posible cosechar los frutos de la imaginación y contemplar las flores invisibles del espacio.»

Se puede decir que no habita aquí un pensamiento absurdo —esa estrecha celda para condenados—, sino algo derivado del misterio o del asombro de nuestro universo: «El ritmo cósmico se expresa en la naturaleza del hombre como la única función de homeostasis no en el sentido de equilibrio, sino en el de contradicción, de cuyo dominio surge el control de los sentidos y la consiguiente capacidad de orientación.»

Sea de Penkoski o de Gurdjieff, lo cierto es que un pensamiento ocultista se da aquí junto a un agudo intelectualismo, la rotundidad de un lenguaje y una manera sabia de narrar. Coletti es un escritor de lo que puede suceder. La fantasía es abundante y excéntrica. Hay relatos con profecías, libros mágicos, iluminaciones, almas que se encuentran a la vuelta del destino y hasta extraterrestres humanos e inquietantes.

Parte de la fuerza sugestiva de algunos cuentos reside en inventar muchas veces alusiones bibliográficas que tienen su debido halo de motivación en los hechos. En «Un millón de soles, un millón de profetas», el pobre sabio Pedro Montenegro, después de haber puesto en práctica algunas crónicas y un tratado de cirugía, es víctima de una raza de bestias que él mismo quiso redimir. Comprendemos al fin que el líder, un cerdo convertido en aparente ser racional, como Judas o el mismo Hitler, ha decidido la eliminación de la humanidad y el nervio de nuestra divinidad posible.

Hay relatos, como «Guerra química», cuya perspectiva plástica y sugerencia dependen del anzuelo tendido al lector. Lo que suponíamos una guerra galáctica, culmina en la muerte de una invasión de hormigas y un jardinero que las fumiga. Coletti no vacila en ironizar el mito recién nacido de la ciencia-ficción, pero se sirve de su técnica y lenguaje. El autor se luce en la práctica de este humor fantástico y metafísico. Dilata el suspenso y lo controla. Sabe reunir con erudición, diríamos, componentes tan disímiles como un cosmonauta y una jugada de taba. Muchos retratos son mentales, pero se dejan leer como si fueran experiencias vivas. Otros son de pavoroso destino, en el que se desdobra la intención de un personaje y se vuelve así un acto parabólico. «Puedo decir —comenta el narrador de 'Intersección'— que la víctima fue el hombre que mató y que el otro, cuya alma emigró por los túneles silenciosos de la ultratumba, viajando por el universo a través de todas las edades, terminó en una experiencia iniciada en el caos y sellada por la victoriosa entrega de su vida.» Parecida perplejidad nos deja «El ajuste», el caso de un padre que busca con anhelo a su hijo, y cuando lo en-

cuentra ambos se desconocen y se traban en duelo mortal. El padre muere, por supuesto, pero los ojos del hijo que lo ven caer contienen o proyectan el tema de la identidad, con su cruel destino.

El comentarista anónimo de *La Nación* de Buenos Aires (29 de julio de 1979) indica que en el libro se imponen las visibles influencias de la literatura oriental y de ciertos cuentos de Borges. La parábola de «El rey que faltó a su promesa» y «Caín y Salomé», que esperan la llegada de un extraño que los redimirá, pueden enriquecer todavía tales refinamientos. Como Ray Bradbury, con quien también puede identificarse el autor en «Diálogo en la antigua morada de los hombres», la conversación de dos mariposas celestes es un buen recurso para discutir el penoso destino de los hombres y de un planeta, el nuestro, convertido ya en tumba. Exploradores perdidos, venidos de alguna parte, embellecen la penetración fantástica de estos relatos. En «El Hombre Sin-Sombra» (suerte de «desombrado» que repercute desde Gonzalo de Berceo a César Vallejo), para darle vuelta al tópico, asistimos a imaginar una especie de Cristo extraterrestre que se lleva a su arcano misterioso del espacio a siete vecinos de un pueblo. «Crónicas del fin del mundo», el último de los textos del libro, ilustra las visiones o perspectivas que sobre el mundo y su enfática destrucción pueden tener, entre otros, una anacoreta, un habitante de la pampa, un lama tibetano, un astronauta o una computadora.

Coletti complica y acierta en su penetrante universalismo con cierta ficción escatológica, con multiplicidad de especímenes en el cosmos y a veces con la gracia de cierto criollismo. En «Diáspora de los duendes», a modo de epílogo, Coletti termina como empezó. Un libro fantástico tiene que ser un espejo fascinante para asomarse al Otro Lado, donde el corazón se embriagará con «el aroma de las flores invisibles que crecen en los jardines del misterio».

ARMANDO ZÁRATE

University of Vermont.